

La nación de las mujeres encueradas

Karina Vergara

No está perdida, está robada.

Se robaron una mujer en esta ciudad y no importa nada, no se puede hacer absolutamente nada.

Camila, no estás...

Camis, no estás...

Camis, cómo fue posible.



ada mañana, antes de que suene el despertador, Mirza que tiene 9 años y ojos brillantes color miel, se levanta de su cama en calzones. Sacude a la pequeña Karla de cuatro años para que abra sus grandes ojos inteligentes y se levante de la cama contigua, también en calzones, al iniciar el día.

Luego pasa a la recámara en donde su mamá y Karina duermen despatarradas y encueradas en la misma cama. Procura hacer todo el ruido posible para que ese par de perezosas comiencen a entreabrir los ojos, se den un beso y se acaricien con los buenos días, y así comienza el ir y venir de las "desnudeces" en casa.

Una madre no tiene ropa porque está a punto de bañarse, otra porque salió de bañarse, Mirza no se puede

vestir porque no encuentra sus calzones limpios y Karla porque su mamá no viene a ayudarle.

Por fin, son diez minutos para las ocho y las niñas salen, ya vestidas, corriendo a la escuela.

El jardín de niños y la primaria están dentro del fraccionamiento donde Mirza y Karla viven, así que están ahí todos los vecinitos y las verdades inocultables de sus familias de origen. Por ejemplo, el que vive con una madre violenta; el que tiene un padre alcohólico; la familia que tiene problemas económicos y, el peor y más sucio de todos los casos: las niñas que tienen unas mamás lesbianas, que, por cierto, son ellas.

Al principio era un rumor vergonzoso que corría entre cuchicheos y miradas suspicaces, después, ante el descarado de esas viejas

que nada ocultaban, fue una sorpresa anonadada. Con el tiempo, el chisme fue perdiendo su sabor. Nunca se confirmó aquello de las grandes orgías que organizaban, ni ritos satánicos, ni las hijas aparecieron nunca descuartizadas, es más, estaban

al corriente en sus pagos de mantenimiento comunal y ni siquiera tiraban basura en la calle. Las vecinas, tan bien interesadas en el suceder ajeno, comenzaron a ocuparse de temas más importantes, como de la señora de la tienda que le ponía los cuernos a su marido con el chofer de la combi.

Los compañeritos de la escuela se fueron acostumbrando a la idea de que para el diez de mayo ellas elaboraban dos regalos y eso era todo. Así las hijas y sus depravadísimas madres pudieron respirar tranquilas un buen tiempo.

Un día llegó una niña nueva a la primaria. (Póngase aquí música de violín). Fanny, pícara, lista, flacucha, desgarbada y desaliñada se ganó en un segundo el corazón y la amistad de Mirza. A la salida fueron juntas a recoger a sus hermanos en el jardín de niños, después, ¡oh, maravilla!, resultó que eran vecinas y eso las volvió inseparables.

Fanny comía, desayunaba, cenaba, veía tele, hacía la tarea e iba al cine con la familia de Mirza. Fanny, que vivía con su padrastro, su madre y un hermanito consentido, prefería estar en el país donde no se gritaba, ni maltrataba, ni se le ponía al servicio del varoncito de la casa. En el país de las mujeres que trabajaban, reían y veían a Xena en la televisión; el hogar donde le decían que todas las niñas eran princesas fuertes y guerreras. El país donde se sabía aceptada y querida. Incluso, Karina y Chuy hacían planes pensando en Fanny



Foto de Rotmi Enciso

como una hija más, incluida en la salida al parque o a las vacaciones. Era el mundo del idilio.

Hasta que un día, pasó. Fanny y Mirza estaban en los columpios, mientras las mamás y Karlita jugaban un poco más adelante con una pelota.

Cuando el columpio volaba, estiraban tanto las piernas que jugaban a que podían tocar las nubes con el dedo gordo del pie y hasta bajaban jirones de algodón.

Entonces, Fanny preguntó:
-¿Qué es una lesbiana?

Y Mirza respondió: -Lesbiana es una mujer que está enamorada de otra mujer.

- ¿Tu mamá es lesbiana?
- Mi mamá es lesbiana.
- ¿Karina es lesbiana?
- Karina es lesbiana.
- ¿O sea que son novias?
- O sea que son novias.
- Ah, bueno.

Y siguieron columpiándose hasta que se hizo de noche.

Pasaron un par de meses poblados de carreras en bicicleta, congeladas de fresa y yoghurt ante el televisor.

Un sábado por la mañana, Fanny no llegó a desayunar. Todas pensaron que estaría enferma y esperaron. El domingo tampoco llegó. El lunes en la escuela no dirigió a Mirza ni siquiera una palabra y secreteaba, como los adultos mal intencionados, con otras niñas, mirando de lejos y dejando en el vacío ominoso a su ex amiga. A la salida entregó un papelito lapidario:

“Mi ma ya me digo que tu mama y Karina son malas y lla no me voy a juntar contijo por que me pueden aser algo adios”.

Mirza desinfló por muchos días su sonrisa, sus ojos no brillaban y miraba con la nariz embarrada en la ventana a Fanny, jugando en su jardín.

Sus mamás pasaron por el ardor terrible de panza; por la ira con ganas

de ir a patear a Doña Lesbofobia; por la culpa terrible del “daño que le hacemos a las niñas con nuestro modo de vida”; por el trato humillante de la vecina que ostentadamente ni siquiera quería que la rozaran al pasar, mucho menos permitir intercambiar una palabra; por la rabia que finalmente las sustentaba en donde estaban. Sobre todo, por la carita triste de una chamaca a quien amaban con toda el alma y el rostro lejano de Fanny, que también miraba a distancia.

Era realmente una partida de madre.

Un día vino Vaca, la gata que adoptaba la casa como maternidad, y parió cinco hijos pachones.

Las niñas se desvivían llevándole leche y croquetas, cobijas y mal cargando a los gatitos.

Cierta tarde, estaba ante la puerta un flaquito, de cabello amarillo paja y siete años de edad, llamado Daniel, que pedía permiso de jugar con los mininos. Con cierta renuencia lo dejaron pasar. Al día siguiente trajo a Gabriela, su hermana, para que jugara con Karla y al otro día trajo a Patricio, su otro hermano. Por la tarde ya estaban todos los escuincles jugando a hacer pasteles de lodo.

Pasaron un par de semanas y entre los seis gatos y cinco niños jugando, la casa ya estaba de cabeza. Entonces, las mamás tuvieron que apechugar.

Chuy apretó el rostro y fue a hablar con la mamá de Daniel, antes de que ese cariño de niños causara un nuevo dolor. Tocó el timbre de la casa, fue sentada con interés en un sofá que se le antojó gigantesco y en cinco frases simples soltó la verdad de su puñalidad. No había problema, había visto moros con trinchete. Ella sabía, fue una de las primeras informaciones que le dieron al mudarse a esa casa nueva y no había problema ni prejuicio.

En la escuela, poco a poco retornó la calma y Mirza hizo nuevas amigas.

La situación ha cambiado. Al llegar a casa apenas se cambia de ropa

y aparece Daniel tocando la puerta preguntando si van a salir a jugar. Todos los días hay que recordarle que primero tienen que comer, lavar los platos y hacer su tarea. Todos los días pone Dany su cara triste y se va a su casa esperando-desesperando para que den las cuatro de la tarde y sus amigas puedan jugar con él.

Todas las tardes se puede ver a Dany jugando a la Barbie con las niñas o bailando “El vaquero sexy” o haciendo la comidita.

A veces ponen una alberca inflable en el jardín o hacen maratones de baile o carreras en bicicleta. Ahora, además de Pato y Gaby, visitan la casa Samantha, Marifer, Oscar y Alejandra.

Para hacerlo más fácil, Chuy y Karina se hicieron más públicamente lesbianas y aprendieron a platicar con los papás de los niños y saben ya a qué atenerse.

Se suman poco a poco otros niños al contingente de desastrosos. Mirza se ríe y brilla de nuevo.

A veces, la familia se encuentra con Fanny por la calle y ella, si no viene su madre, aventura una sonrisa o un saludo rápido y triste. Pero, por lo regular, Fanny se recarga en la reja de su jardín mirando siempre desde ahí, sin poder acercarse.

Por las noches, cansada de jugar, entra Mirza a casa. Se baña con Karla. Se envuelven en grandes toallas y bajan a cenar. Entre bromas y juegos siempre se les cae la toalla y terminan cenando desnudas. Las mamás tienen que perseguirlas por toda la casa.

- Qué se van a enfermar. ¿No entienden, chamacas?

Ellas, nalgas al aire, corren riendo sin dejarse alcanzar.

Y las mamás a grito pelado y risa ahogada:

- Aunque sea, pónganse una camiseta para dormiiiirrr.
- Cuando menos usen calzooneees.

Y llegan la noche y la luna, para bendecirlas en toda su desnudez.